
ESTUDIOS

La economía del malestar *

Se da una tremenda insuficiencia y paradoja en nuestras cifras cuando pretenden nada menos que valorar en términos económicos eso que denominamos el bienestar.

_____ Por José Juan ROMERO RODRIGUEZ ** _____

Ante todo, *debemos distinguir dos cuestiones muy diferentes*; de ambas voy a tratar: la primera, bastante obvia, es la insuficiencia de los indicadores económicos convencionales para medir el crecimiento y su incapacidad para medir el bienestar. En segundo lugar, nos detendremos más expresamente en lo que podemos llamar "economía del malestar", que no es otra cosa sino el efecto de un modo de vida y de civilización que, en aras de un pretendido crecimiento económico, crea más malestar que bienestar.

1. Acerca de la dificultad de medir el crecimiento y el Producto: "del P.I.B. al bienestar económico neto (BEN)" (Samuelson)

1.1. *El P.I.B. nos induce a error*

Y, en primer lugar, vamos a reflexionar un poco sobre la gran dificultad que existe a la hora de medir los bienes económicos, la tremenda insuficiencia de nuestras cifras cuando pretenden nada menos que valorar en términos económicos eso que llaman el bienestar.

En Macroeconomía nos enseñan a definir y a medir el Producto Nacional; no voy a detenerme aquí en los matices diferentes que dan lugar a las diferentes acepciones del Producto, y hablaré indistinta-

* El presente texto constituye una versión adaptada de la última lección del curso, pronunciada por el autor en el Acto académico fin de carrera de la promoción 22ª de E.T.E.A. (Córdoba) celebrado el día 17 de junio de 1989.

** Profesor del departamento de Economía. Facultad de CC. Económicas y Empresariales E.T.E.A. adscrita a la Universidad de Córdoba.

José Juan Romero Rodríguez

mente de P.I.B. y Producto Nacional, aunque es sabido que el Producto *nacional* propiamente dicho expresa la suma de bienes y servicios finales generados por los factores de producción propiedad de los *residentes* de un país en un período de tiempo.

Siguiendo a L.A. Rojo:

“el Producto Nacional se define como el *valor total* de la corriente de bienes y servicios finales generados en la economía por unidad de tiempo. La heterogeneidad de esa corriente de bienes y servicios es enorme, pero podemos superar el problema valorando los diversos componentes de la corriente productiva mediante precios monetarios” (1).

Es ya tradicional aludir a que, bajo la aparente exactitud de sus sedas cifras, hay mucho de relativo en estas medidas. Y hoy se juegan muchas decisiones políticas y económicas en si ha subido una décima más o menos el P.I.B.

Por citar el clásico ejemplo, por convención, los servicios de un ama de casa no se cuentan en el P.I.B., de forma que si un hombre se casa con su ama de llaves —hasta el momento de la boda, era asalariada— el P.I.B. puede verse disminuido. O si un ama de casa se pone de acuerdo con una vecina para que cada una limpie la casa de la otra a cambio de medio millón de pesetas al año, el P.I.B. aumentará en un millón de pesetas sobre lo que resultaría de que cada una se ocupara de su propio hogar... (2). O sea que si el Movimiento de liberación de la mujer vence, y las esposas reciben una hoja de paga, el P.I.B. registrará un salto pasmoso (3). Precisamente hemos leído no hace mucho que en Francia se ha presentado una propuesta muy seria en esa línea.

1.2. El P.I.B. no cuenta ciertos bienes

Pero, además de esos fallos convencionales de medida, es necesario distinguir entre producción y bienestar. No todo lo que se produce y causa bienestar a la población se contabiliza en el P.I.B. Por otra parte, muchas cosas que se consideran “bienes” y se contabilizan en el Producto Nacional, están muy lejos de constituir propiamente bie-

(1) Rojo, Luis Angel.— *Renta, precios y balanza de pagos*, Ed. Alianza Universidad, 7.ª reimpresión, Madrid, 1986, p. 20.

(2) Samuelson, Paul A.— *Curso de Economía Moderna*. Traduc. por José L. Sampedro. Edit. Aguilar, 16.ª edición, 1973, p. 229.

(3) Heilbroner, Robert L.— “El PNB nos induce a error”. *Información Comercial Española*, n.º 455, Julio 1971, p. 55.

La economía del malestar

nes. Los ejemplos son muy numerosos. Lo indica muy claramente Samuelson:

“El desencanto con el PNB como medida del bienestar económico se debe, en primer lugar, a que incluye muchos elementos que no constituyen una contribución obvia al bienestar del individuo y, en segundo lugar, a que no se tienen en cuenta algunos elementos clave del bienestar. Dicho simplemente, el PNB es un índice defectuoso del verdadero bienestar de una nación. Afortunadamente... es posible ajustar sus cifras con el fin de obtener una medida más significativa del «bienestar económico neto» (BEN)” (4).

Pongamos *el ejemplo del ocio*. Supongamos que decidimos, a medida que aumenta nuestra renta, trabajar menos horas y obtener nuestras satisfacciones psíquicas tanto del *ocio* como de los bienes y servicios. En ese caso, el PNB medido disminuye, aun cuando aumente el bienestar. Por lo tanto, para tener en cuenta la satisfacción psíquica del ocio debe añadirse una corrección positiva a fin de pasar del PNB al BEN. En último término, lo que estamos diciendo es una verdad tan simple como que los indicadores económicos —por ejemplo, el P.I.B.— no miden, ni pueden medir, el grado de felicidad de la población.

Otro componente habitualmente no incluido en las estadísticas del P.I.B. es *la famosa economía subterránea*, o sumergida, o “golfa”, o informal. La economía informal —siguiendo a Handy— se puede clasificar hoy en varias tonalidades:

- 1) la economía negra: las actividades ilícitas (pues no son declaradas) de mercado que llevan a cabo los pequeños negocios y la gente que trabaja por cuenta propia; en los últimos años se ha detectado un crecimiento explosivo de esta economía sumergida. Las actividades subterráneas son de dos tipos: las que son ilegales (como el tráfico de drogas o el asesinato a sueldo) y las que son legales pero que no se registran por motivos fiscales (como el carpintero que construye un garaje por la tarde por un puñado de billetes);
- 2) la economía malva: el desarrollo de los servicios personales y de los negocios caseros, en los márgenes de la economía formal;
- 3) la economía gris: el trabajo doméstico y voluntario que es com-

(4) Samuelson, Paul A Nordhaus, William D.— Op. cit., p. 140.

José Juan Romero Rodríguez

pletamente legal y en el que todos y cada uno de nosotros estamos implicados en alguna medida (5).

Un último ejemplo de la dificultad de medir el bienestar por medio de los indicadores convencionales es el de *la distribución de la renta*. Un crecimiento económico polarizado regionalmente, es decir, conseguido a base de que ciertas regiones crezcan mucho y otras se estancuen, o un crecimiento económico muy concentrado en determinadas capas de población, es decir, que provoca el enriquecimiento fulgurante de determinados colectivos, mientras que las mayorías ven que sus rentas no crecen o incluso se degradan, un crecimiento así, no supone en absoluto un incremento del bienestar agregado. Y, a mayor abundamiento, cuando ese crecimiento económico se basa en la especulación, financiera o inmobiliaria, es obvio que se producen incrementos de renta que en absoluto implican aumento del bienestar colectivo. Esto es, precisamente, lo que ha ocurrido o está ocurriendo en nuestro país. Para que los indicadores de crecimiento económico sean significativos, es absolutamente necesario tener en cuenta la distribución de ese crecimiento.

2.- El P.I.B. cuenta como bien cosas que son males: acerca de la economía «del malestar»

Pero veamos a continuación una serie de rúbricas que podemos agrupar bajo el nombre genérico de «economía del malestar», expresión que titula precisamente este trabajo. Y quede claro que en este breve ensayo no tengo ni mucho menos la pretensión de ser exhaustivo.

2.1.- El deterioro del medio ambiente

Lo primero que habría que hacer es reducir el P.I.B. por el valor de la contaminación que genera la producción de bienes y servicios (6).

«El planeta —como nos recuerda José Luis Sampedro— es el primero de los bienes escasos (7).

Las empresas no cargan con el coste de la contaminación que generan, sino que ese coste se «externaliza». Precisamente no hace mu-

(5) Cfr. Charles Handy.— *El futuro del trabajo humano*. Edit. Ariel, Barcelona 1986.

(6) Cfr. Samuelson, Paul A. y Nordhaus, William D.— *Op. cit.*, pp. 140-142.

(7) José Luis Sampedro.— «Doble estrategia ante la estructura en crisis». Conferencia en el I Congreso de Economía y Economistas, Diciembre 1982.

La economía del malestar

cho pudimos leer en la prensa el siguiente titular: «Dimite el Gobierno de Holanda en defensa de su política ecológica. El primer ministro de Holanda Ruud Lubbers presentó ayer la dimisión del Gobierno, al haber sido amenazado con una moción de censura si se aplicaba su plan de que el que contamina tiene que pagar». Es un episodio muy sintomático de la actitud de nuestra sociedad ante los subproductos perniciosos que genera (8).

Esta sobreestimación del Producto Nacional —la contaminación— es fácil de comprender. Como dice con cierta gracia Enrique Ballesterro (9) hay que hablar de las ya conocidas «deseconomías externas» o externalidades negativas, los «costos institucionales», que «responden al esquema estúpido de 'quemar la casa para asar el cerdo'»; eso es lo que estamos haciendo con nuestro planeta: estamos quemando la casa para asar el cerdo; son los llamados «costos ecológicos»: agotamiento de recursos naturales, desequilibrios en el ecosistema, perjuicios para la salud.

«¿No es cierto —recuerda Samuelson— que el PNB incluye los misiles y las chimeneas que emiten sulfuro, al lado del pan y la educación? ¿Debe convertir la economía moderna la cantidad en un fetiche a expensas de la calidad de la vida?» (10).

O, como dice Heilbroner:

«Desde el punto de vista del crecimiento, la producción de los residuos debe contarse, pues, con el signo menos, si queremos que el crecimiento del PNB refleje el mejoramiento del bienestar nacional...» (11).

Pero, también en este tema, conviene hacer una llamada al «pensamiento divergente». Frenar el crecimiento para una mejor calidad de vida, puede ser un reflejo de «ricos» (piénsese por un momento en el tema de la selva amazónica: que no la arrasen los brasileños para que los demás —se entienden los ricos— podamos tener aire puro; mientras ellos se mueren de hambre...). Como dice Edmond Malinvaud:

(8) Cinco Días, 4 de mayo de 1989, p. 17.

(9) Ballesterro, Enrique.— *Introducción a la teoría económica*. Ed. Alianza Universidad Textos, Madrid 1988, p. 229 y sgtes.

(10) Samuelson, Op. cit., p. 5.

(11) Heilbroner, Op. cit., pp. 55-56.

José Juan Romero Rodríguez

«...el crecimiento de la producción responde a necesidades demasiado manifiestas para que sea sacrificado a otras finalidades. Sólo los más favorecidos podrían pretenderlo, ignorando la pobreza existente en su propio país y los deberes de solidaridad mundial entre las naciones» (12).

Y Lefournier, añade:

«Nuestra preocupación no es la contaminación, sino la existencia. Los países ricos se preocupan de los gases de escape de los automóviles, pero nosotros, de no morir de hambre», ha dicho un delegado indio en una conferencia internacional sobre el medio» (13).

2.2. Bienes o servicios que no sirven para nada

Una parte muy sustancial de nuestro crecimiento económico se basa en la creación por todos los medios imaginables, —y la creatividad del marketing es casi infinita— de nuevas y crecientes insatisfacciones, de nuevas necesidades que hagan rentable la producción de nuevos productos —me resisto a llamarles «bienes»—. Me cuesta creer que el crecimiento imparable de la insatisfacción sea una fuente de bienestar, aunque vaya acompañada de un crecimiento de la producción y, consecuentemente, del empleo.

Por otro lado, sabemos que vivimos cada vez más en una sociedad de servicios, en una sociedad terciaria. Es un hecho conocido que el incremento de puestos de trabajo tiende a concentrarse de manera prioritaria en los servicios. A este respecto, no me resisto a recordar el menosprecio con que parece que se pronunciaba Adam Smith al referirse a los servicios:

«El valor de una sirvienta —decía Adam Smith— añade el valor de nada... El valor de algunos de los más respetables estamentos de la sociedad es semejante al de los sirvientes, improductivo y sin ningún valor, sin materializarse en ningún ente permanente o mercancía vendible que sobreviva después de que el trabajo haya pasado... Dentro de

(12) Edmond Malinvaud.— "El encarecimiento de algunos recursos será el gran desafío del siglo XX". *Información Comercial Española*, n.º 455, Julio 1971, p. 62.

(13) Philippe Lefournier.— "Un falso culpable". *Información Comercial Española*, n.º 455, Julio 1971, p. 63.

La economía del malestar

la misma clase debemos incluir... a los clérigos, abogados, jugadores, bufones, músicos, cantantes de ópera...» (14).

No se puede llegar al extremo de Adam Smith, que sin duda se pasaba en su desprecio por los servicios; el incremento de la cantidad y calidad de los servicios —ese gran tercer sector de la economía— ha contribuido a la mejora de la calidad de vida de los ciudadanos. Pero es indiscutible que también en este macro-sector se están produciendo fenómenos sorprendentes, que a uno le hacen dudar sobre el sentido del crecimiento económico.

En un número de *Newsweek* (15) se contaba que en Estados Unidos están pululando como hongos todo tipo de empresas de servicios para las necesidades más inusitadas: ellos te organizan una boda, te asesoran sobre la ropa que más te conviene, te ordenan el despacho o los armarios; hay ya empresas que ofrecen servicios de consultorías a los propios consultores; leo alucinado que incluso hay empresas que se ocupan de animales domésticos con *stress*. «Si un perrito vive en una casa en que ha habido un divorcio, seguro que estará “estresado” —leo textualmente— la gente no se imagina cómo pueden afectar estas cosas a los animalitos». Pero no hay que preocuparse, la empresa de Kathy Berman, en Long Island, se ocupará de ello...

Si todas esas actividades hacen crecer el P.I.B., dudo mucho que hagan verdaderamente crecer el bienestar general. Pero además, el P.I.B., como índice de crecimiento, rinde mala cuenta de la calidad de los bienes y los servicios. Todos sabemos, por ejemplo, que un servicio como el transporte aéreo nos da hoy más que hace diez años por peseta pagada; en sentido inverso, por una peseta de un servicio como el correo recibimos menos servicio. ¿Cómo incluir esos cambios en el concepto de crecimiento? (16).

2.3. Los Armamentos

Uno de esos “servicios” es precisamente la defensa. Detengámonos un poco en este tema. La imagen patética y heroica de un joven ciudadano chino deteniendo él solo una columna de tanques en la ya tristemente famosa plaza de Tiannammen, en Pekín, podría servir pa-

(14) Citado por J. R. Cuadrado en “El sector servicios: evolución, características y perspectivas de futuro”. En *España. Economía*, coordinado por J. L. García Delgado, Ed. Espasa Calpe, 1988, p. 235.

(15) *Newsweek*.— “The Advice Peddlers”. May 22, 1989.

(16) Heilbroner, Op. cit., p. 56.

José Juan Romero Rodríguez

ra situarnos ante la realidad de los armamentos. El "servicio" prestado por aquellos blindados, el de la defensa, forma parte del Producto Nacional chino. Y, sin embargo, el joven en camisa que se interpuso en su camino —que con su gesto no aportaba nada al P.I.B. de aquel inmenso país—, engrandecía a China, más allá de toda posible medida, por su coraje y su heroísmo.

Pues bien,

"una fracción considerable del PNB... representa una producción sin ninguna utilidad para el consumidor: se trata de gastos de armamento. En la medida en que nuestro "crecimiento" refleje la producción de cohetes y de satélites, el crecimiento del PNB no significa necesariamente el mejoramiento del bienestar del consumidor" (17).

"Consideremos una pequeña tribu de 100 personas, que viven, de modo sencillo y pacífico, produciendo una tonelada de alimentos por persona y año. Supongamos ahora que la tribu es amenazada por unos agresivos forasteros que han aparecido de pronto en las montañas. Para asegurar la pervivencia de su sociedad, 20 miembros de la tribu son retirados de la producción de alimentos para constituir una unidad de protección. Esta unidad consigue impedir la entrada de los invasores, pero la producción de alimentos se ha reducido en un 20 por 100. ¿Está, en algún sentido, peor la tribu que antes? Seguramente la mayoría de nosotros considerará que, en efecto, ha empeorado, y que el descenso del 20 por 100 de su producción de alimentos es un buen indicador de la pérdida de bienestar.

Sin embargo, las estadísticas ordinarias del PNB no mostrarían este hecho. Supongamos que la economía de la tribu está monetizada, que los alimentos se vendían en el mercado a 20 pesetas el kilo, y que cada miembro de la tribu percibía una renta anual de 20.000 pesetas, el valor de lo producido por él. El PNB representaría dos millones de pesetas, calculado bien a partir de 100 toneladas de producto a 20 pesetas el kilo, o a partir de cien rentas de 20.000 pesetas cada una. Ahora bien, supongamos que cuando la tribu se ve amenazada los hombres de la guardia son retribuidos con el mismo salario (20.000 pesetas) y que estos costes de defensa (400.000 pesetas) se financian por medio de un impuesto del 20 por 100 sobre la renta. El PNB continúa siendo de dos millones de pesetas (1.600.000 pesetas de rentas agrícolas más 400.000 de rentas de la guardia), y la tribu no ha empeorado en apariencia. Este resultado procede de considerar a cada hombre de

(17) Heilbroner, Op. cit., p. 56.

La economía del malestar

la guardia como si contribuyese con una ventaja igual a su salario, que es, a su vez, el valor de lo que *habría producido* en la agricultura si hubiera seguido empleado en ella. Así es precisamente cómo se trata esta cuestión en las cuentas normalizadas de la renta nacional.

Podemos argumentar, por supuesto, que *después de la amenaza exterior* la tribu está mejor con su defensa que sin ella. Pero lo que las estadísticas indican es que la tribu disfruta exactamente *de la misma situación de bienestar que tenía* en tiempos de paz, aun cuando ahora está sujeta a una amenaza externa y cuenta con menos alimentos para todos" (18).

Que el lector me perdone una tan larga cita, pero pienso que es ilustrativa. Ya sé que muchos lectores pueden dudar, incluso siendo de la opinión de que la simple carrera de armamentos no puede continuar. ¿Qué ocupará su lugar? ¿Qué será de los puestos de trabajo que proporciona? ¿Qué sustituirá al poder adquisitivo que genera? John Maynard Keynes proponía que el gobierno británico arrojase fajos de billetes a los pozos ya en desuso de las minas de carbón, y llenase estos pozos. Esto crearía puestos de trabajo. Y se crearían muchos más para desenterrar las libras, y, después, aumentaría la demanda al gastarse los billetes. Nadie recogió esta idea; en cambio, en el mundo post-keynesiano, las empresas de armamentos —el ciclo de diseño, producción, caída en desuso, sustitución— han realizado de hecho la misma función. Es lo que Galbraith llamó en una ocasión "keynesianismo militar" (19).

2.4. La economía del malestar propiamente dicha

Pero demos un paso más y hagamos referencia a lo que propiamente está hoy recibiendo la denominación de "economía del malestar".

El siguiente ejemplo, citado por Hawken, expresa muy gráficamente lo que queremos decir:

En la antigua China, "se pagaba a los médicos una cantidad mientras el paciente estaba sano y se les eliminaba la paga cuando el cliente enfermaba, no recuperando su salario hasta que el paciente volvía a ponerse bueno de nuevo. Por supuesto, el máximo interés del médico consistía en que sus clientes rebosasen sa-

(18) Lancaster, Kelvin.— *Economía moderna*, 2, Ed. Alianza Universidad textos, Madrid, 1977, pp. 572-573.

(19) Cfr. J. K. Galbraith, *La era de la incertidumbre*, pp. 227 y siguientes.

José Juan Romero Rodríguez

lud, mientras que no conseguía ningún beneficio con la difusión de las epidemias o con que enfermasen sus clientes. Si el P.I.B. crece a base de que algo no funcione bien, indica que estamos perdiendo de vista los auténticos objetivos sociales. Una economía es más rica cuando los coches, por ejemplo, duran más, no menos; pero para aceptar esta filosofía es preciso cambiar completamente la idea que nos hemos formado de lo que significa crecimiento" (20).

Cierto que la sanidad ha avanzado mucho y que la mejora en las prestaciones médicas ha permitido obtener espectaculares descensos, por ejemplo, en las tasas de mortalidad infantil, e incrementos muy sensibles en la esperanza de vida de los ciudadanos. Negarlo sería un sin sentido. Pero también es bastante absurdo que el P.I.B. sea tanto mayor cuando más enfermos haya y más necesidad de personal sanitario, cuanto menos duren los coches y las viviendas, cuanto más veces se rompan las cañerías del agua o se averíe la instalación eléctrica. Debería ocurrir exactamente al revés. La economía generada por todas esas actividades es la que se llama "economía del malestar" (21).

Se entiende, pues, por "economía del malestar", utilizando un texto de Martín Mateo:

"... la que gira en torno de la creación de bienes y servicios que complementan o sustituyen a otros que no son satisfactorios...; así, el paro, juvenil sobre todo, incentiva el consumo de droga, lo que engendra un amplio tráfico que amplía la oferta, estimulándose a la vez la delincuencia, por todo lo cual hay que contratar policías, lo que disminuye la cifra de parados...

Dentro del sector privado nadie negará que uno de los más dinámicos es el que vende protección. Mencionaremos los transportes de valores y monedas, la fabricación de puertas blindadas, de las alarmas contra robos, dispositivos de seguridad en vehículos, servicios de guardaespaldas y de vigilantes armados, etc. Nadie podría sospechar hasta hace poco que la función de seguridad pudiera ser encomendada a empresas particulares por contrato.

En algunos países el mal funcionamiento de las cárceles públicas hace que se convengán estos servicios con empresas privadas, lo que quizás sea excesivo.

(20) Paul Hawken.— *La Economía que viene*. Alianza Editorial, 1985, pp. 137-138.

(21) Es un concepto muy relacionado con el de "economía del despilfarro", aunque no idéntico. Véase: Bowles, Samuel; Gordon, David M. y Weiskopf, Thomas E.— *La Economía del despilfarro*, Ed. Alianza Universidad.

La economía del malestar

Otros servicios que han dado origen a numerosos puestos de trabajo para jóvenes en la economía sumergida son los de mensajería. Antes teníamos costumbre de recibir las cartas puntualmente; ahora, si se quiere enviar una comunicación escrita con rapidez y eficacia, debe contratarse con una compañía especializada.

Mencionaremos también las prestaciones privadas asistenciales que cubren los fallos de la sanidad y de la seguridad social, a veces lamentablemente, y me remito a las informaciones sobre ancianos alojados en pensiones de subsistencia prácticamente almacenados de mala manera, ante la inexistencia de suficientes servicios públicos de acogida para personas mayores..." (22).

O, dicho de otra manera, con palabras de Galbraith:

"Entre los ricos e incluso entre los pobres, los servicios sufragados con dinero particular están mucho mejor dotados que los que brinda la ciudad. Las casas están limpias; las calles están sucias. La riqueza personal aumenta; hay pocas policías para protegerla. Hay aparatos de televisión en todas partes; escasean las escuelas. Uno puede bañarse en su cuarto de baño, pero no puede hacerlo con seguridad en las playas públicas. Donde el capitalismo es eficaz, hace aumentar las tareas públicas de la ciudad; acrecienta el número de automóviles que deben aparcar y circular en la población, aumenta la cantidad de basura que hay que recoger en las calles y dificulta progresivamente el problema de mantener el aire respirable y un poco de tranquilidad en la vida.

Esta es otra manera de decir que el aspecto social de la vida metropolitana moderna resulta sumamente caro, mucho más caro de lo que nos imaginábamos. La noción de que estos costos sociales no son más que una deducción del gasto total público y privado —opinión que es legado de las actitudes de la ciudad industrial— ha quedado anticuada. Es muy posible que, en lo futuro, los gastos públicos sean mayores que los privados, si la metrópoli tiene que ser agradable, saludable y cultural e intelectualmente satisfactoria...

Se trata de saber lo que da más satisfacción y lo que se adapta mejor al sentido de la comunidad sobre lo que le conviene..." (23).

(22) Martín Mateo, Ramón.— "Los servicios en el espacio de las nuevas tecnologías". En J. Velarde y otros.— *El sector terciario de la economía española*. Ed. Economistas, Madrid, 1987, pp. 282-283.

(23) J. K. Galbraith, Op. cit., p. 232.

3. A modo de conclusión

Quizás casi todo lo dicho resulte conocido. Creo sin embargo que no viene mal el recordarlo. Hay repeticiones que no son inútiles. Para recordar a Machado, en el 50.º aniversario de su muerte, decía Juan de Mairena:

“A vosotros no os importe pensar lo que habéis leído ochenta veces y oído quinientas, porque no es lo mismo pensar que haber leído” (24).

Hemos recorrido de forma sencilla, y espero que comprensible, una serie de fenómenos que falsean nuestras ideas convencionales sobre el crecimiento y el producto nacional. Al hacerlo, lógicamente, no deseaba únicamente poner en cuestión la pretendida validez de ciertas míticas cifras. Mi deseo va más allá. Quisiera abrir interrogantes que no se cierren fácilmente...

Cuenta Plutarco que los discípulos de Sócrates se dirigieron al maestro para preguntarle: “Maestro, ¿por qué hay tan pocos ricos en las puertas de las casas de los filósofos y, sin embargo, hay tantos filósofos en las puertas de las casas de los ricos?”. Sócrates contestó: “Porque los filósofos saben lo que les falta, pero los ricos, no”. El economista, ese nuevo “mago” de nuestra era, debería ser muy consciente de lo que le falta.

Y, ante todo, es preciso tener en cuenta la ética. Una nota de la calidad humana es precisamente la consideración de los valores morales, ya que la conciencia tiene mucho que decir en el desarrollo de la actividad económica. En este terreno queda mucho por hacer: “los modos del capitalismo mejoran, no así su moral” (25).

Nunca podremos ignorar que los sistemas de valores influyen de manera muy especial en economía, seamos o no conscientes de ello. Y tenemos que ser muy críticos con los sistemas de valores dominantes.

Mencken dijo una vez que la conciencia es “la voz interior que nos advierte que alguien puede estar mirando” (26). Yo estoy de acuerdo con esa definición sobre todo si Alguien se escribe con mayúscula... El mundo de la economía da con frecuencia la impresión de haber per-

(24) Antonio Machado, *Juan de Mairena*, Ed. Espasa-Calpe, Colección Austral, Madrid 1973, p. 50 (1.ª ed. 1936).

(25) Cfr. J. K. Galbraith, *Op. cit.*, p. 73.

(26) J. K. Galbraith, *Op. cit.*, p. 72.

La economía del malestar

dido la conciencia, como si no importara que alguien viera los enormes costos de todo tipo que el crecimiento económico indiscriminado ha provocado.

Por eso es menester que nuestros sistemas de valores no se reduzcan al ámbito de la moral individual o, en el terreno económico, a las relaciones dentro de la empresa. Habría que preguntarse siempre si nuestro trabajo aumenta el bienestar global, aunque no aumente el P.I.B., si no somos de los que se enriquecen a base de aumentar el malestar general. Para ello es preciso evidentemente tener una concepción integral del hombre.

Por citar a mi admirado Aurelio Peccei:

“Se considera a las personas como organismos biológicos, entidades económicas o más generalmente como consumidores. Se concentra la atención casi totalmente sobre sus necesidades materiales. Otras necesidades, deseos y aspiraciones esenciales de naturaleza social, cultural y espiritual de la criatura humana se tratan como si pertenecieran a esferas subordinadas” (27)

Lo que, en último término, coincide con las reflexiones de Juan Pablo II en la *Sollicitudo rei socialis*:

“... un desarrollo no solamente económico se mide y se orienta según esta realidad y vocación del hombre visto globalmente, es decir, según un propio *parámetro interior*. Este, ciertamente, necesita de los bienes creados y de los productos de la industria, enriquecida constantemente por el progreso científico y tecnológico... Mas para alcanzar el verdadero desarrollo es necesario no perder de vista dicho *parámetro*, que está en la *naturaleza específica* del hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza...” (28).

(27) Citado por José M.^a Mendizábal.— “Calidad humana”. *Lankide (Trabajo y Unión)*, enero 1989, p. 5.

(28) Juan Pablo II.— *Sollicitudo Rei Socialis*, n.º 29.